

LOS HEREDEROS DE ZIPACNA. NOTAS SOBRE LA PESCA EN CINCO GRUPOS MAYAS COLONIALES

Mario HUMBERTO RUZ ¹

Universidad Nacional Autónoma de México

A lo largo de esta centuria, gracias a arqueólogos e historiadores, se han logrado importantes avances en el conocimiento de la cultura material, las expresiones artísticas y políticas de las élites o los calificados como «grandes» logros mayas prehispánicos —en los campos de la arquitectura, la astronomía, la matemática, la escultura, la creación de un peculiar sistema de escritura o el establecimiento de una complicada red comercial, entre otros— o las maneras en que éstos variaron bajo el dominio hispano, pero no fue sino hasta las últimas décadas cuando empezamos a vislumbrar y aproximarnos a las experiencias y afanes cotidianos de los mayas «del común», inmensa mayoría en quien encontraban sustento tales realizaciones.

Como señalaba en un trabajo previo sobre cacería (Ruz 1997), las labores de pesca, caza y recolección han sido rara vez abordadas por los mayistas con detenimiento —y mucho menos con afanes comparativos—, acaso por lo fragmentario y disperso de la información que llegó hasta nosotros, y también por la poca atención que se ha prestado a los aspectos comunes de la vida diaria. La investigación acerca de las actividades de subsistencia muy a menudo se ha restringido a las labores agrícolas y, en particular, a los sistemas de cultivo ². En manera alguna pongo en duda el papel crucial de la agricultura en el desarrollo de la civilización maya; intento únicamente llamar la atención sobre la vigencia que tenían otras ocupaciones en la vida cotidiana.

¹ Etnólogo del Centro de Estudios Mayas, UNAM, México.

² Buen ejemplo de esta cuasi obsesión por el tema son buena parte de los artículos editados por Flannery (1982) en una obra que pretendía dar un panorama general de la «subsistencia maya». Ejemplo del desdén con que los historiadores de la época colonial han tratado el tema se encuentra en el detallado texto de Solano sobre los mayas guatemaltecos del siglo XVIII: de sus 483 páginas sólo una habla de pesca. El ya clásico y ejemplar estudio de MacLeod sobre la Centroamérica colonial (1980), por su parte, contiene apenas dos menciones tangenciales a la pesca en su abultado índice analítico.

El propio *Popol Vuh* (1984: 138) señala, con metáforas dignas de un estructuralista, la oposición complementaria entre las actividades agrícolas y aquellas de caza, pesca y recolección, al narrar el fin de Vucub-Caquix y sus hijos Zipacná y Cabracán, a manos de los semidioses Hunahpú e Ixbalanqué. El primero fue herido cuando, encaramado sobre un árbol de nance, se entretenía en cortar la fruta que constituía toda su comida y moriría después, al dejar que le cambiaran los maltrechos y doloridos dientes —«que le brillaban en la boca como perlas»— por otros nuevos, hechos de granos de maíz blanco. «Al instante decayeron sus facciones y ya no parecía señor». Le despojaron entonces de «las cosas de que se enorgullecía»: sus esmeraldas, sus piedras verdes, sus metales preciosos.... Zipacná, goloso de pescado y cangrejos, y amante de bañarse en los ríos, sucumbió bajo el cerro Meauan cuando intentaba atrapar un cangrejo mágico que habían hecho los jóvenes; Cabracán fue enterrado vivo después de perder las fuerzas por comer un pájaro asado y untado de tiza que Hunahpú e Ixbalanqué cazaron con sus cerbatanas. Había llegado el momento de que los heroes se ocuparan en «sus trabajos... Lo primero que harían era la milpa». Traicionados acaso por su ascendencia³, preferían empero entretenerse con sus cerbatanas, dejando los cultivos a cargo de instrumentos mágicos. «Ciertamente no hacían ningún trabajo de labranza», apunta el texto (*Popol Vuh op. cit.*: 133-139). Frutas, minerales, pájaros, peces, cangrejos... desplazados por el divino grano. Desplazados, pero no proscritos.

LAS FUENTES

Apuntaba en el ensayo citado que si bien el estudio de tales aspectos de la cotidianeidad no resulta particularmente fácil, es posible inferir algo de ello conjugando los reportes arqueológicos contemporáneos con los lingüísticos recopilados durante la época colonial (diccionarios, artes e incluso confesionarios), los datos registrados por frailes, viajeros, cronistas y autoridades civiles y el uso de la analogía etnológica. Su análisis conjunto trasluce el alto desarrollo de que sabían las actividades de pesca, caza y recolección, pero también su diversidad, lo cual no es de extrañar si recordamos la ubicación de estos pueblos en medios de flora y fauna rica y variada, y por lo general en la vecindad de ríos, costas, esteros o lagunas.

A fin de ceñirme a las exigencias de espacio, en este breve artículo —esbozo de un texto mayor en preparación— abordo *únicamente la descripción* del material lingüístico colonial relativo a, apenas, cinco grupos mayances. No me escapan

³ Recuérdese que Hunahpú e Ixbalanqué fueron paridos «en el monte» por Ixquic, hija de uno de los Señores del Inframundo, sitio ligado en la cosmovisión maya a los «dueños» de la foresta y los animales.

los riesgos que conlleva presentar un trabajo tan cojo en múltiples sentidos, descontextualizado en muchos otros y carente aún de crítica historiográfica o lingüística y sin consideraciones analíticas, pero confío en que a pesar de su orientación exclusivamente etnográfica sea suficiente para llamar la atención de los colegas sobre la riqueza implícita en los vocabularios coloniales y las ventajas derivadas del simple ordenamiento comparativo de los datos que éstos nos ofrecen.

Los grupos tratados incluyen a los tzeltales de la depresión central de Chiapas, los ch'oles del Manché petenero, los mayas de la península de Yucatán, los pokomch'is y cakchiqueles de Guatemala. La elección de los materiales obedece tanto a la fecha de su elaboración (siglos XVI a XVIII) como a la ubicación geográfica de los pueblos de que dan cuenta, pues se incluyen habitantes de zonas montañosas, llanuras, selvas y planicies calcáreas, *ergo*, con mayor o menor accesibilidad a recursos hídricos de procedencia diversa, lo cual permite observar semejanzas, divergencias y procesos de cambio en el campo de las técnicas empleadas y las presas obtenidas⁴.

Las obras empleadas fueron el *Egregium Opus* y el *Vocabulario de lengua tzendal según el orden de Copanauastla* (ambos en tzeltal) de fray Domingo de Ara (c. 1560), el magno *Thesaurus Verborum* cakchiquel, de fray Tomás de Coto (1647-56), el *Vocabulario en lengua cholt'í* de fray Francisco Morán (c. 1625), el *Arte breve y vocabularios de la lengua pok'om* reconstruidos por Acuña con base en los textos de fray Dionisio de Zúñiga (c. 1614) y fray Pedro Morán (c. 1740) y los dos volúmenes del *Diccionario etnolingüístico del idioma maya yucateco colonial* de Cristina Alvarez (*vid* bibliografía), elaborados con base en cinco de los más importantes vocabularios del yucateco⁵.

Resulta importante advertir sobre la disimilitud de los textos. Mientras que el de Morán se compone de unas cuantas hojas, el de Coto bien puede calificarse de enciclopédico, como lo indica ya su denominación de *Thesaurus*. Si se compara con los dedicados a otras lenguas, éste es sin duda la joya del conjunto. Gracias a él poseemos no sólo los nombres de peces, crustáceos, moluscos y otras familias, y las técnicas empleadas en su captura, sino varios detalles que nos ilustran sobre el conocimiento que poseían los indígenas acerca del entorno acuático, su aprovechamiento y las sutilezas idiomáticas para expresarlo⁶.

La edición del vocabulario pokom, por su parte, contiene una minúscula porción de los textos originales, que en el caso de Morán incluían tanto material po-

⁴ La ausencia de algún grupo representante de poblaciones ribereñas a lagos (vg. tzutuhiles, itzáes o lacandonés) y sobre todo de los chontales de Tabasco, civilización hídrica por esencia, obedece a la parca información que ofrecen los materiales lingüísticos que pude consultar.

⁵ El llamado de Viena, el *Motul* editado por Martínez Hernández, la *Lengua Maya* de Pío Pérez y los dos volúmenes del *Motul* de la John Carter Brown Library.

⁶ A fin de facilitar su lectura y comprensión, he modernizado aquí la ortografía y puntuación de las locuciones castellanas, que el filólogo René Acuña, editor del magno texto de Coto, respetó en su forma colonial.

komam como pocomchí, mientras que de los cerca de 1400 folios del trabajo de Zúñiga —considerado por su editor el más importante de los vocabularios indígenas coloniales— sólo subsistió una décima parte (Acuña 1982: 242 y 1991: XV, XXI). Asimismo, en tanto que algunos textos dan cuenta de un solo poblado (vg. Ara), otros se ocupan de una región e incluso la trascienden para dar cuenta de las prácticas acostumbradas en un contexto geográfico mucho mayor, tal como el ocupado por todos los hablantes de la lengua en cuestión. Si agregamos a ello la diversa capacidad de sus autores para captar o registrar peculiaridades fonológicas tales como las glotalizaciones (lo que obviamente incide en el análisis etimológico)⁷, es fácil comprender su distinta utilidad.

Sea como fuere, algo en lo que conviene insistir es que la mayor o menor información que proporcionan puede ser un rasgo vinculado a la extensión de la obra e intereses de los religiosos, y no necesariamente a la cotidianeidad de las técnicas o la amplitud del conocimiento que poseía el grupo en cuestión sobre el tema que nos ocupa. Cabe además recordar que, a diferencia de lo registrado en el campo de los mamíferos, las aves o las plantas domesticadas, la modificación del acervo piscícola en el área maya por parte de los españoles parece haber sido mínima. De hecho, exceptuando la introducción en algunos lagos guatemaltecos de mojarras provenientes de otros ríos e incluso, supuestamente, del mar, y de tortugas en alguna laguna de La Verapaz⁸, no constan referencias al respecto. En este, como en muchos otros sentidos, las regiones tratadas bien pueden considerarse de franca orientación rural, prioritariamente productoras de alimentos básicos y periféricas a los grandes circuitos comerciales de la época, lo que sin duda incidió en su menor «europeización», sin que ello signifique, en manera alguna, que permaneciesen ajenas a la globalización económica de su tiempo⁹.

LOS PAISAJES Y SU DOMESTICACIÓN

Varias obras de corte histórico insisten en la escasez de pescado en los ríos de la Guatemala colonial¹⁰, exceptuando algunas corrientes de las Verapaces, espléndidamente descritas por Francisco Montero (1982: 237ss) y a Santiago Ati-

⁷ Desde un punto de vista meramente práctico cabe apuntar que no todos los textos nos ofrecen un listado de entradas en el idioma nativo, lo que además de restringir la información por el hecho de que se intentó traducir los vocablos «calcándolos» sobre obras por entonces clásicas de la filología castellana —tales como las de Nebrija y Luis de la Cerda—, reduce las posibilidades de organización en campos semánticos y el análisis etimológico.

⁸ Véase lo reportado en la Relaciones geográficas del siglo xvi (Acuña 1982: 43, 92, 238).

⁹ Tratándose de un ensayo de corte etnográfico no es mi intención ahondar aquí en el tema, planteado ya por Pérez Herrero (1986) para el caso de Yucatán.

¹⁰ Consúltese por ejemplo lo reportado para Atitlán, Zapotitlán o La Verapaz en las Relaciones geográficas del siglo xvi (Acuña 1982: 43, 92, 206, 209, 216 y 238).

tlán, que contaba con «un río caudaloso... donde toman mucho pescado blanco y mojarras y truchas, cangrejos y camarones de que los indios se aprovechan» (*apud* Acuña 1982: 149, 314), mientras que otros autores curiosamente destacan la abundancia de pescado con que se proveía la ciudad de Guatemala, como Tomas Gage, quien después de ennumerar los productos cárnicos apunta: «También está bastante bien provista de pescados, tanto por la Mar del Sur [el Océano Pacífico], que no dista en algunas partes más de 12 leguas, como por los ríos que desembocan en este mar, del lago de agua dulce de Amatitlán y Petapa, y de otro [Atitlán] que está a tres o cuatro leguas de Chimaltenango» (1946: 177).

Sea como fuere, la voz cakchiquel para riqueza, *einomal**, aparece calificando al «río que es abundante de peje y del monte que tiene muchos animales y aves que cazar», buena muestra de que riqueza y poder se asimilaban al mundo natural y de la importancia económica y cultural que guardaba el antiguo universo de cazadores y pescadores» (Ruz 1997: 133) (Fig. 1); importancia que pudo incluso acrecentarse precisamente por la abundancia proporcional de gente dedicada a labores agrícolas¹¹. En este mismo sentido, resulta significativo el que, tras traducir el verbo prohijar, el texto ponga como ejemplo: *haru mac nu qux xat nu quluba?*, «para que me sustentaras, para que pescaras para mí y trabajaras en mi ayuda, te crié, sustenté y casé».

Acorde con tal importancia, el diccionario de Coto muestra cómo la cultura había domesticado el espacio al dar nombre a sus variaciones y la forma en que los hombres se amoldaban a ellas: mar (*palo* o *palouh*), estrecho de mar, mar alta, olas, mar «sosegada», crecida o «alterada», marea, viento marino (indicando su «calidez»), «marina cosa», costa marítima (diferenciando aquella «donde pescan o hacen sal», de la zona de rompiente y las playas), costear, pueblos costeros o «canoeros» (*taeahal huyu*; *taeahal tinamit*, *amaε*) e incluso gente costeña (*taeahal vinak*), «piloto» de canoa y marinero, son voces que figuran al lado de otras para las corrientes y depósitos de agua dulce (lago, laguna y río, así como para sus riberas y olas, y también se proporciona un gentilicio: «a los que moran a orilla de lagunas [llaman] *he ah ru chi ya*, como los que viven a orilla de la laguna de Atitlán»). No es de extrañar la variedad del conocimiento; a diferencia de otras naciones mayances, la cakchiquel ocupaba desde épocas prehispánicas tierras situadas cerca del mar, surcadas por ríos o vecinas a sistemas lacustres.

El empleo de las vías acuáticas como medio de comunicación se aprecia en la variedad de términos para designar barcas, canoas, remos, bogadores, «engolfar-

¹¹ En idéntica dirección apunta la entrada «próspera cosa, o prosperidad con abundancia de todo. Usan de estos nombres: *Janal*, que es abstracto de *Jan*, «cosa amarilla» y *raxal*, que lo es de *rax*, «cosa verde». y dicen: *Janal raxal* para significar que el río tiene mucho pesce y de muchos géneros, dicen *tzatz ru Janal*, *ru raxal ya*, *qo car*, *qo chom*, *qo ronohel qhuti chicop*, *nima chicop*, *ch' u pam* y lo mismo dicen de la laguna, estanque, o estero de mar».

* El signo *ε* es el llamado «tresillo», que en la época colonial se usaba como equivalente a una «q gutural».

FIG. 1.—Pintura mural del Templo de los Guerreros de Chichén Itzá.



se»¹², etc., así como en los agentivos y verbos que de ellos se derivan¹³, en los que no me detendré aquí. Coto consigna además la expresión *εaxibal, iqovibal ch'u vi ya rumal vinak*: «canoa en que se pasa por sobre el agua», que acaso remita al empleo de especies de lanchones a manera de puentes, como aquellas de las que aún hoy se valen los mayas chontales para atravesar esteros, pequeñas ciénagas o áreas temporalmente inundadas. Por otra frase nos enteramos también que para los pasajeros o cierto tipo de carga (es de suponer frágil) se ponía «paja o rama» en las canoas, a lo cual se comparaba con un «nido». Que en ocasiones tal nido no era propio se deduce de la entrada *kahbal hucu* —arrendar nao, fletar— donde además del vocablo para canoa vemos aparecer *kah*: alquilar.

Para la Colonia, los pokomchíes se ubicaban en torno a los ríos Chixoy y Polochic y vecina al lago de Izabal. Cabe recordar que para esa época pokomam y pokomchí se consideraban una sola lengua (cuando mucho con variantes dialectales)¹⁴, que ocupaba otras dos áreas: una que se extendía por el altiplano oriental de Guatemala desde el sur del río Motagua hasta el lago de Amatitán y la laguna de Ayarza, colindando con los pueblos de habla xinca, y otra meridional próxima al río Paz, que consistía en meros islotes pokom en un mar pipil, entre las alcaldías de Guatemala y San Salvador.

Dada la ubicación geográfica de sus hablantes no es de extrañar que en el material en pokomchí se aluda sobre todo a cuerpos de agua dulce, pero por desgracia lo que llegó hasta nosotros es francamente raquítico. Constan referencias a ríos crecidos, subidos o salidos de madre; a golfos, lagos o estanques (*quiεnab*), a isla (*peten*) y sus moradores (*ah peten amaε*), y a arroyo, cuya designación se traduce por pie de agua, agua pequeña o pierna pequeña de agua (*εoε ha, quizi vach ha, quizi vach r'oε ha*). Para playa o costa se ofrecen dos voces: una que remite a la de un río (*chi ha*: «los labios del agua») y otra, *chi palau*, a la del mar. Para embarcaciones apenas figura *hucub*, piragua, cuya popa antropomorfizada se nombra *ru yub hucub* (el culo de la canoa).

Por su parte los ch'oles del Manché habitaban una «tierra muy fragosa y montañosa, y llena de muchos ríos grandes» (*apud* Ruz 1989), lagos y aguadas, que se extendía por el noreste de Alta Verapaz y el sureste del Petén mismo. Estos «manchés» poseían una gran movilidad que dificulta el precisar los límites de

¹² Entendido como perderse en la distancia una embarcación. «Cuando se han engolfado, dicen los que están mirando la canoa o nao: *que niqahar ya lae ah hucu, que yanon que be o halal chi oc he 3alah chi naht, que qhixix oc que be*; ya van engolfados muy lejos, no se ven sino los bulticos».

¹³ El vocablo indígena para canoa, *hucu*, interviene no sólo en la formación del verbo *tin hucuba* (hacer canoas) y en el adjetivo que denota una forma acanalada o «acanoada» (*hucubam che*, siendo esta última la voz para palo o madera), sino que fue empleado en la forja del neologismo *castilan hucu*, que nombra al navío aportado por los castellanos.

¹⁴ Aún hoy las fronteras coloniales de éstos y otros muchos grupos siguen sin definición precisa, pero el interesado puede hacerse una buena idea de los cambios registrados (incluyendo la inteligibilidad entre las áreas dialectales) en el trabajo clásico de Miles (1983), en el cual baso mis notas.

su ubicación geográfica, aunque de acuerdo a Laporte pueden delimitarse dos núcleos habitacionales: uno relacionado con el sistema hidrográfico Ixbobó-Can cuén, y otro asentado sobre el río Cancuén-Yaxhá (Laporte, 1996), zonas a la que los reportes dominicos y civiles describen como ricas en achiote, miel, cacao, caza, pescado, sal, mano de obra, corrientes fluviales que se suponía comunicaban a Ocosingo, Comitán y la laguna de Términos, y supuestamente provistas de «muchos minerales de oro y otras riquezas» (Ruz 1992).

Puesto que empleaban las corrientes fluviales para comunicarse con sus vecinos lacandones, mopanes e itzáes, así como con las comunidades ya cristianizadas (con las cuales trocaban cacao, achiote, miel y diversos productos de recolección a cambio de hachas, machetes, tijeras y otros artículos), es de suponer que los manchés conocían con gran precisión el paisaje hidrográfico, pero por desgracia los escasos vocablos que registró Morán al respecto no permiten ni siquiera una aproximación superficial al tema, pues no logramos saber más que nombraban *ha* al agua, que distinguían entre la arena burda y menuda (a la cual, curiosamente, denominaban «arena castellana»: *castilan çuz*) y que poseían tres términos para designar una «avenida de río»: *nonobut*, *tenel*, *numtam ha*. Sobre su destreza como canoeros apenas nos quedan cuatro migajas lingüísticas: el apelativo para «canoa y todo género de embarcación» (*hucub*), la voz para remo (*bab*) y dos verbos: *babtein* para remar, y *xoto*, *xotoel* que el fraile traduce indistintamente por vadear, nadar y cortar el agua la canoa o el remo (Fig. 2).

Por fortuna fray Domingo de Ara mostró bastante más interés que su correligionario Morán en el universo lingüístico de sus feligreses, por cuyos logros culturales muestra su admiración. No es de extrañar, al llegar los españoles al actual territorio chiapaneco, Uxte —hoy conocido por su nombre nahua de Copanaguastla— constituía el poblado tzeltal más importante del área, y junto con Chiapa y Zinacantán uno de los tres mayores asentamientos de la región. Tierra «maravillosa en todo», con «gran abundancia de toda la comida de los indios», fue calificada por los hispanos como «madre del algodón», cuyo cultivo y comercio eran la base de su riqueza.

Ubicado en la penillanura del corazón de la Depresión Central de Chiapas, atravesada por el gran río Grijalva («Grande de Chiapa» se llamaba en la época), en aquel entonces cubierta de selva alta subdecidua, sus terrenos se beneficiaban no sólo de las abundantes lluvias veraniegas sino también de las corrientes de los ríos Blanco y San Vicente (en cuyas márgenes se asentaba), que formaban algunas ciénagas en torno al pueblo. Si bien es de suponer que los tzeltales conocían al dedillo las peculiaridades de sus ríos, ya que los empleaban para regar los cultivos y como vías de comercio (Ruz 1992: 199, 300) es muy poco lo que Ara consignó sobre tal conocimiento, pues en el rubro de actividades dedicó casi toda su atención al cultivo y tratamiento del algodón, cuya novedad y alto grado de especialización claramente le impactaron. En efecto, una de las peculiaridades del material lingüístico tzeltal es el grupo de voces vinculado a los sistemas de riego que



FIG. 2.—Hueso inciso encontrado en la Tumba 116 localizada en el interior del Templo I de Tikal, perteneciente al gobernante *Hasaw ka'an k'awil*.

empleaban para mantener sus extensos plantíos de algodón. «Tienen grandes tierras de regadillos» asentaron los cronistas, y los vocabularios nos dan una imagen de ello al consignar diversos términos para canales, acequias, zanjas, presas, drenes y «albercas», entre otras muchas cosas.

Amén de lo anterior, las voces de que nos provee el dominico sobre la geografía de lo hídrico se dividen claramente en dos grupos, según remitan a depósitos de agua marina o corrientes de agua dulce. Estas últimas están representadas por *tiha*, *tiuhcum*, *tinabil* y *victal ha*, orilla o ribera de agua, ribera de río, río pequeño y cauce de río seco respectivamente, mientras que sobre lo marino constan, entre otras, mar alta (*lemlem* o *cuxul nabil*) o baja (*com com nabil*), golfo (*yol-nabil*), costa (*tinabil*), tierra situada «de esa otra parte de la mar» (*pat nabil*) y se da *ytinabil* como gentilicio para los costeños¹⁵. Canoas, remos, puertos o «nacaderos» de canoas, velas y timones o gobernalles, a más de los agentivos y verbos que denotan las acciones y los individuos que las realizaban, dan fe de la intensa actividad —reportada también por las crónicas— que desplegaban los industriosos mercaderes copanaguastlecos atravesando selvas, montañas y llanuras para comerciar su algodón a cambio de otros productos, de costa a costa, sin desdeñar para ello el uso de canoas con que surcar los ríos. Muy otra era la situación en la calcárea península yucateca.

«Entra la mar por estas bocas con tanta furia que se hace una gran laguna abundante de todos pescados y ... llena de isletas...; y que estas islas y sus playas y arenales están llenos de tanta diversidad de aves marinas que es cosa de admiración y hermosura». Así describía fray Diego de Landa la Laguna de Términos, como si buscara destacar el contraste con el interior de la península: «tierra la de menos tierra que yo he visto, porque toda ella es una viva laja.... La naturaleza obró en esta tierra tan diferentemente... que los ríos y las fuentes que en todo el mundo corren sobre la tierra, en ésta van y corren todos por sus meatos secretos por debajo de ella» (1994: 87, 198).

Para los habitantes de tierra de tan escasa tierra y además desprovista de fuentes de agua corriente en la superficie, resultaba vital conocer las características de la contenida en los depósitos, naturales o artificiales. Prueba de ello es la variedad de términos que remiten a agua represada o encharcada, clara, salobre, oscura, negra, mala para beber, somera, dulce y delgada para beber, limpia y saludable, gruesa, destilada en pozos o cavernas, que gotea de ellos, que se encuentra en la parte más o menos honda de los mismos, virgen —«que sale la primera vez del pozo», etc. Multitud de vocablos describen además decenas de características de las aguas de lluvia, imprescindible para un pueblo cuya agricultura dependía en gran medida de la precipitación pluvial. Junto a ellas —amén de otro rosario de términos que desgranar una a una las características de un

¹⁵ En varios de tales vocablos es de destacar la presencia de voces que remiten a partes del cuerpo, como *ti*: labio, *yol*: entraña y *pat*, espalda.

cenote, un pozo, una aguada, una sarteneja o un *chulub*— figuran voces que remiten a ríos crecidos y mares sosegados o bravos; bajíos, golfos, enseñadas, islas (petenes), cabos, arrecifes, piélagos, ciénegas, esteros salinos... uno y mil accidentes geográficos que un buen pescador debería conocer al dedillo.

ESPECIES Y CLASIFICACIONES NATIVAS

Las aguas marítimas, fluviales y laguneras en torno a las cuales trascurría la vida cakchiquel albergaban numerosas especies, como testimonia el vocabulario de Coto. Así, de *chicop*, genérico para «todo animal, ave, culebra, sabandija, etc.»¹⁶ surge *ru chicopil ya*, «todo animal o pesce que se cría en el agua», contraparte de *ru chicopil huyu*, aplicable a la fauna terrestre¹⁷. Mientras que los «animalejos o sabandijuelas que andan por sobre el agua en los charcos o a orillas de los ríos» se nombraban genéricamente *muq*, el genérico para pez es *car*, de donde surgen el verbo *tin carih*, pescar, y los sustantivos *carinel* o *ah car*: pescador. Por su parte, los peces marinos compartían los genéricos *palouh car* y *ah ru va yaal car*.

A más de los genéricos, se reportan los nombres de ciertos peces: *vinak car* para los bagres o peces parecidos a ellos; *uchbal* o *vchbal car* designa «unos tepemechines grandes y negros», en tanto que *çaki car* conviene a otros del mismo tipo, pero blancos¹⁸. *Çak cab* es otro pez grande y blanco, *pereqech* la mojarra. *Mactami*, nombre ajeno a la lengua cakchiquel y acaso mexicano¹⁹, designaba a un pez redondo, de cabeza grande y palmo y medio de tamaño, en tanto que *çakil car* vale para los minúsculos peces también conocidos como olomina y *qa ru eih cak abah qam* para pámpano. *Buturut* era el curioso nombre de unos «redondillos y chiquitos». Buena muestra de cómo un mismo pez recibía denominaciones diversas incluso en lenguas muy próximas es el de los existentes en la laguna de Atitlán, que los quichés conocían como *mutzuk*, los cakchiqueles como *tzutuhil car*, y los propios tzutuhiles como *qhu*, tal y como destaca la obra.

En tanto que los camarones se distinguían según tamaño (*chom* si grandes; *moqo*, *eoçiy ahax* e *ixok chom* si pequeños), los cangrejos sabían de una diferenciación mucho mayor. *Tap* o *çanom*, se apunta, «es el común», *taxovacal*, *ru qhu-*

¹⁶ Puesto que *vinak* es sinónimo de *chicop*, todos los términos pueden mostrar esta raíz en su composición. Es interesante destacar el uso de un mismo término, *tiohil*, para cuerpo, fuese éste «de persona, ave, animal o pesce», y de otros, también genéricos, para referirse al mal olor despedido por tales cuerpos, incluyendo «el hedorcillo natural que tiene el pesce o la víbora» (véase p. 269).

¹⁷ Sin embargo, mientras que como genérico para hembra animal se da *ixok chicop*, para peces se registra *ixok car* o *atiia car*.

¹⁸ Estos tepemechines, que según Gage se encontraban en los «riachuelos y pequeños ríos hasta Guatemala», eran considerados por el inglés como «una especie de trucha» y «el mejor pescado del mundo... cuya manteca parece más de becerro que de pescado» (*op. cit.*: 186).

¹⁹ Tal considera Acuña, el editor (p. 403, nota).

mil palouh, *axalim* y *amacal* convienen a los «cangrejos grandes de la mar»; *axalim he qo chi çanayi* son unos «cangrejos pequeñitos que andan a la orillita» y *otzoy* «un generillo que traen los yndios de unos como cangrejillos, que no tienen cosa de sustancia». El texto detalla incluso los nombres para los ojos, «los bracillos con que muerden», «el agua o babaza» que destilan los cangrejos y hasta el ruido que hacen sacados del agua, que los ponen en alguna parte», cuando son pocos y cuando son muchos. Todo ello da fe de la importancia que guardaban, si no para la economía, al menos para el paladar cakchiquel.

Por lo que hace a los caracoles, Coto proporciona seis términos: *tot* como general, *xivac* para el *Strombus gigas* marino («unos grandes que suelen tocar con la boca haciendo son con ellos») ²⁰, los llamados *q, ubuyuk*, «redondos y larguillos»; «otro género más pequeño: *chinic*», los «pequeños que se comen: *pur*» y los de «escalera o campanario», nombrados *colocic*. Al igual que los caracoles marinos, los carapachos de ciertas tortugas pequeñas y coloradas (*cakixcoc*) eran percutidos, «con unos palillos», con fines musicales ²¹. En su denominación, además de la voz *cak*, que nombra al color rojo, vemos aparecer *coc* que designa a los «galápagos o tortugas del agua». Así, *nimak coc* conviene a las grandes y *qhuti coc* a las pequeñas, mientras que a «los galápagos de la mar llaman: *palama, ru cocol ya*». Otras pequeñas, llamadas *coc chiquirin*, prestaban forma y nombre a «unas piecezuelas que hacían de metal para colgarse al cuello».

El término para ostión, *pemech*, interviene en la denominación de «las conchas redondas» (*qo ri nimak pemech*, siendo *nimak* grande), aunque curiosamente para «ostiones redondos» se registra *axalim*, de lo cual deduzco que el primer vocablo remite a la ostra en tanto que el segundo vale para el ostión mismo, si bien parece ser un genérico pues se emplea también para algún tipo de cangrejos. Si bien consta el nombre para «nácar o concha de perla» (*çaz*), se nos advierte que la perla misma «no tiene nombre propio». Amén de enlistar otros especímenes de la fauna vinculada al agua (vg. *ayin*, el lagarto grande, «que anda en los esteros y ríos», el cual por cierto compartía nombre con el escorpión) Coto registra la ausencia de denominaciones para algunos (vg. «anguila: no tiene nombre propio, podrase usar de *cumatz*, que es la culebra»).

Aunque en escala mucho más reducida, el material que nos legó Morán sobre la lengua de los manchés testimonia un conocimiento igualmente variado acerca de la ictiofauna. Figuran allí voces para pescado en general: *xchai*, bagre: *lu, ahlu*, mojarra: *xche*, bobo: *chitam chai*, sábalo: *tzatzpat*, robalo: *chulum*, peje espada: *chuluz*, peje dorado: *yaxchuc*, raya: *ton, manatí* o «peje mulier»: *cumvai*, unos

²⁰ De allí surge el verbo *qui xivaquin*: «tocar así estos caracoles».

²¹ El fraile aclara que la cubierta superior era llamada *r'ih coc* y la inferior *ru bakil xe run pam coc*. «Y suelen, por los lados, sacarles la carne, y queda entera la tortuga y les sirve de instrumento para sus fiestas y regocijos, tocándolas a golpecillos», acción que marca el verbo *tin cocah*. Acerca de los instrumentos musicales en Mesoamérica, y en particular entre los mayas, véanse Rivera (1980) y Martí (1955).

«pescaditos pequeños»: *chilam* o *pulum*, que corresponden a la «pepesca» de otros textos y «un género de pescado» llamado *tevai* para el cual no encontró el fraile correspondencia en castellano.

Sin más datos que la mera trasposición mecánica de una lengua a otra aparecen también los caracoles grandes de río (*tot*), los «grandes del mar» (*tulix*), casi seguramente los *Strombus giga* y otros llamados *tutu* sobre los cuales nada se especifica. ¿Serían acaso los terrestres o quizá los pequeños moluscos de concha espiral que se quiebra para sorberlos, llamados en Chiapas «jutes»? Imposible saberlo. Consta, eso sí, el verbo *zih* para denotar la acción de «quebrar caracoles». Cuatro vocablos más y se agota el repertorio: cangrejo: *yux chele*, camarón: *xex*, concha: *pemech* y lagarto: *ahin*, *ain*.

En los textos tzeltales, a más de la voz *chay*, que denota al pescado, sólo se nos ofrece el nombre del manatí (*uinic chay*: «hombre-pescado»), que el dominico traduce como «sirena» o «bagre grande». A pesar de que se constan apelativos para «lagarto de agua», anguila, ostión, caracol, cangrejo, distintas variedades de tortugas y camarones, nutria, patos y otros animales vinculados al medio acuático, nada se precisa sobre su captura y empleo, aunque es de suponer que varios de ellos se comiesen, y es bastante probable el uso de moluscos para teñir las afamadas mantas copanaguastlecas (Ruz 1992: 123-126, 207). Es interesante destacar que ostión, anguila y camarón ostentan en su nombre la partícula *chay*, lo cual muestra que el campo semántico de lo que nosotros concebimos como peces era más amplio en tzeltal²², tal y como ocurre también en la lengua yucateca (Alvarez 1984, 1: 67; 2: 254).

Sobre la situación yucateca poseemos mucha más información, pues a la proporcionada por los vocabularios se agrega la que nos legaron otras fuentes de la época. Así, tras describir los cenotes y ciertas lagunas salobres, el franciscano Landa registra lisas (*uzcay*), robalos, sardinas, lenguados, sierras, caballas, mojarra «e infinitas diversidades de otros pescados pequeños»; «tres o cuatro castas de tollos» o cazonas (*alipechpol*) y mantarrayas que se salaban. Las costas de Campeche eran ricas en tiburones, «muy buenos pulpos» y manatís proveedores de abundante carne y excelente manteca, que se atrapaban con arpones atados a sogas y boyas para seguir el rastro de los peces heridos. El río de Champotón, por su parte, proveía de «muy gentiles ostiones» (Landa 1994: 201-203).

Los diccionarios, por su parte, nos proveen del genérico *cay* —susceptible de modificarse con adjetivos tales como grande, pequeño, fresco y salado (importante producto de comercio)—, y de numerosos nombres específicos²³ cuya traducción literal da buena cuenta de las peculiaridades de forma que llamaron la

²² Cabe destacar, no obstante, que era próximo al del castellano de la época, pues por ejemplo en la *Relación de Santiago Atitlán* (1585) se apunta: «el pescado que cría comúnmente esta laguna son cangrejos y unos pececitos pequeños que llaman *olomina*» (Acuña 1982: 92).

²³ Se registran dos o tres nombres (e incluso más) para prácticamente todas las especies. Doy aquí apenas ejemplos. El interesado puede consultar en Alvarez (1984: 257-264).

atención maya: bagre o pez «cáscara»²⁴, aguja o «enramado», sargo, robalo o «vara», macabí o «flaco», picuda o «boca», sardina o «huesito», *huh cay* o «peje iguano», *ib* o «frijol», mero u «hoja», *och* o «zorro», pez volador o «libélula», tonina (*zib cay*: «manar pescado»), albur o «empapado», *mex* o «peje araña», *p'u* «un pez que se infla de aire», *chiil* o manatí, delfín, gata marina o «nudo», jurel o «feroz», corbina o «camote», y el poético e inquietante *buluc luch*, «jícara sumergida», que los diccionarios dan como nombre para «ballena», amén de otros cuyos equivalentes en castellano no pudieron encontrar los recopiladores, acaso porque no existían. Vecinos a ellos constan los términos para langosta, pulpo («pez mono» o «barba»), camarón («pescado semen»), anguila, ostión (*booc*: olor), cangrejo (*bab*: pata), jaiba, lagarto («el escamoso») y diversas clases de tortugas (*ac*) de aguas dulces y saladas.

Comparado con el riquísimo registro yucateco, el muestrario pokomchí es deprimente. Contamos con el genérico para «pescado» (*car, caril, ru caril*) y apenas seis nombres propios: *ahē car* para peje puerco, *chulux* para peje espada, *ae car* para anguila o peje culebra, *matactani* para cierta especie que los autores del texto consideraron como «ballena», *zæ liē* para «unas sardinillas pequeñas y anchas, muy espinosas»²⁵, y *cun abin*, para el famosísimo peje lagarto, sobre cuya rareza y el aprecio que se le tenía se nos advierte: «Este es muy regalado, solamente los he visto y comido en Tucurub»²⁶. Hay también referencias a las perlas «que se sacan de las conchas de los ostiones, *naē loch*, «granos de ostras marinas» que llaman *loch* y a la obtención de amizcle de lagarto: *quiz ahin o quiz ihin* [pedo de lagarto], aun cuando nada se nos dice sobre su uso.

AGENTES, TÉCNICAS E INSTRUMENTOS

Entre los cakchiqueles existían varios medios para procurarse los animales. Todas ellos, por supuesto, requerían conocer sus hábitos. Saber diferenciar, por ejemplo, un *carilah ya, tzatz chi car ch'ú pam*, «río que tiene mucho pescado», de un *mani ru caril ru pam chi ya*: «río o laguna que no tiene pescado». Pero no bastaba saber que los había; debían conocerse además los sitios donde los peces «corrían», «bullían» o desovaban²⁷; aquellos en donde lo hacían tortugas, lagartos o

²⁴ Las *Relaciones histórico-geográficas de Yucatán* señalan a menudo la existencia de bagres de agua dulce. Así, la de Dzidzantún, apunta: «... en algunas partes hay cuevas de muy buena agua y se crían en ellas bagres y peces pequeños, y son buenos de comer» (1983, I: 415).

²⁵ También aparecen como olomina, *co3 car, co3 ta3 car, boz*. De la traducción para «agallas del peje: *pemech*», podría pensarse que conocían el *tepemechin*, «pez de sierra» en nahua, pero no deja de ser una suposición.

²⁶ Hoy, el buen fraile tendría que ir a Tabasco o al sur de Veracruz para degustarlo, pues la especie casi ha desaparecido en Guatemala e incluso en México se considera en riesgo de extinción.

²⁷ Véanse al respecto las páginas 76, 114, 153, 386 y 437. Sobre la gran aceptación y comercio de ciertos tipos de hueva da alguna referencia Solano (1974: 339).

cangrejos, e incluso dónde pululaban las lombrices *xilom*, que se empleaban como cebo (*quambal car* o *colob unum*) para la pesca. Para aquel interesado en capturar camarones, resultaría vital saber cuáles parajes o recodos podrían considerarse *qop*; sitios específicos para atraparlos.

Una vez localizado el *qop* podía emplearse la red llamada *qhokebal qam* o una nasa o «garlito» conocida como *çihib*, «que hacen de varillas, como embudo», y que también servía para atrapar peces. Había otras denominadas *çotooy*; *çotooy qambal carch'ú vi ya* sobre cuya factura no se proporcionan datos, aunque es de suponer se hacían de paja o «yerbas», ya que el mismo término vale para «una rodaja que hacen de paja o yerbas, que se ponen en el hombro para cargar maderos y que no les lastimen». Aunque no es posible aseverarlo, quizá se emplease también barbasco para «atontar» a las presas, pues uno de los verbos que se emplañ para señalar tal acción tratándose de peces (*tin chomih*: «cogerlos»), aparece acompañando a la expresión «pescar camarones»: *x- ti be nu qhokeh hun nu chom*.

Los cangrejos (*tap*), a su vez, podían ser atrapados llanamente con las manos debajo las piedras de los ríos, y se nos provee además de una detallada descripción de otro método, con moraleja incluída, que muestra cómo se valían los frailes de los más pequeños detalles cotidianos para introducir el mensaje cristiano:

«coger cangrejos: *qui tapin* o, por el activo, *tin tapih*, o *qui çanoman*... Dicen los yndios que para cogerlos, como hacen en la laguna de Atitán, les ponen el cebo, que es de los pececillos que allí hay, en unos tules, a modo de cordeles tendidos sobre el agua, y allí van ellos y hacen presa, y no se dan maña ni a comerla ni a llevarla, sino que se están asidos a ella, con que los cogen fácilmente. De aquí puede sacar moralidad el pecador, codicioso, etc., que le coge la muerte cuando más asido y cebado en sus culpas. Esta moralidad y ejemplos las oyen los indios muy bien, que es hablarles a su modo²⁸».

Obtener los peces podía lograrse de varias formas. Todas ellas, al parecer, las englobaba el verbo *tin canoh*, que vale tanto por «buscar algo», como por «cazar o pescar», en el sentido de ir de pesca. Si el instrumento empleado era la fisga (*qakbal car*), la acción la marcaba *tin qak* o *tin qhabih*. Cuando el arma era una flecha «o virote», *r'al qhaa*, el verbo correspondiente era *r'al qha tin qakbeh*. Aunque el fraile no lo especifica, es plausible pensar que para la pesca se empleasen flechas «arponadas» (*r'al qhaa qhiqh*), tal y como aún lo hacen algunos lacandones. Se registra también el uso de arpón (*ru xucxuil qhiqh qakbal car*), «que tiran al peje, en que queda preso».

Para pescar con anzuelo aparecen los verbos *tin carih* [de *car*: pescado] y *tin lucbakih*. El sedal o cordel se conocía como *balom qam ru qamal bak qambal car*,

²⁸ Otro ejemplo de este tipo aparece en la entrada «cebar los peces», donde se apunta: «Así nuestro padre Saz, sermón primero de la circuncisión, explica con la metáfora del pescador el lugar de Ezequiel *x-traham te hamol[n]jeo*».

si era de cañamo y *balom yzm ruqamal bak qambal car* si era de cerdas. Como puede verse la única diferencia está en el *qam*, voz que denota a la sogá o cordel, que en el segundo término se ve substituído por *yzm* genérico para cabellos, pelos y cerdas. Según Coto eran estas últimas las empleadas («que suelen usar dellos») ²⁹, pero nada aclara sobre su procedencia. El nombre del anzuelo es *lucbak*, voz donde casi con seguridad interviene el *luc* de gancho o garabato, pero que resulta algo más compleja en cuanto a la raíz *bak*, pues ésta puede remitir tanto a hueso como a cosa delgada, e incluso a barrenar y arrojar con fuerza. Comparando con el mismo vocablo en pokomchí (Morán 1935: 267), la probabilidad mayor remite al hueso, que se labraría en forma de gancho.

La acción de arrojar aparece clara en el verbo *tin tzak*, que combinado con la palabra nahua para red, *mataual*, figura en el verbo *tin matauaih*, si bien el que aparece con más frecuencia para «pescar con red» es *tin mah*, *qui maho*, que interviene incluso en el nombre del agente «*mahol* o *ah mahola*: el pescador así» ³⁰. Amén de la red con nombre «intruso, que es mexicano», y otras usadas para transportar cargar, cazar o dar de comer a los animales, figuran las denominadas *licbal car*, *mahbal car*, *qhokebal chom*, *çotoym qam*. Las últimas, se apunta, eran propias para «los remansos y honduras», pero nada se agrega de las otras, excepto que servían para pescar. Algo nos aclara sin embargo la etimología: *lic*, vale por sacar cosa y *car*, recordemos, por pescado; *mah* significa arrebatar, coger algo e incluso robar; *qhokebal*, voz que remite a envolver, era sin duda un tipo de red para camarones (*chom*), en tanto que *çotooy* designa a una nasa (de *çot*, cosa circular) y *qam*, ya lo vimos, denota a la sogá o cordel.

Si hemos de juzgar por la frecuencia con que aparecen términos ligados a ella, una de las técnicas más socorridas era «embarbascar» o «matar» las aguas; esto es, vertir en ellas algún tipo de sustancia que «turbara» a los peces, facilitando su captura ³¹. Los barbascos, tales como el *aëom*, el *chalax* (empleado «cuando el agua es mucha») o el *qhupak* (equivalente al mexicano *amole*) ³², consistía en diversas clases de raíces o yerbas que producían algún tipo de jabón. Su «virtud», empero, podía ser competitiva al grado de neutralizarse mutuamente. Así, apunta el fraile: «....Ay unas raíces que llaman *ëek r'ey*, y otras, *qhalax* [y] tienen por experiencia que si estas raíces las echan juntas en el río, que la una a la otra se quitan la fuerza y virtud, y así dicen: *vue t'oc ëek r'ey ruquin qhalax pa ya, mani ti cam car rumal ti r'ach ixah rij, mani r'ey t'ux*, que se cela la una a la otra, y que no muere el pesce». Una vez turbadas, se atrapaba a las presas usando «atajadjizos» o represas «que hacen para que no se vayan los peces que matan con raíces», como confirman las entradas secar pozos y lagunas, y agotar. Este último, por

²⁹ Incluso apunta *qambal car* como un sinónimo para anzuelo.

³⁰ «Lance de red o anzuelo para pescar, dicen: *tin kaçah*, o *ti ka nu qam*, o *nu mataua hu mul pa ya; x-ka nu bak hu mulpa ya*, y así lo variarás: *ca mul*, *ox mul*, etc.».

³¹ Véanse, entre otras, las pp. 177, 214-215, 337, 468 y 478.

³² Voz derivada del nahuatl *amolli*, un tipo de jabón hecho de raíces.

ejemplo, consigna: «*tin tzañiçah* ... hacer que algo se agote. Y cuando echan algún río por otra parte para coger peces, usan de dicho verbo». Las cercas construídas para tal fin se denominaban *q'ap*.

El contraste entre las obras de Coto y Morán aparece de nuevo en este rubro, pues el segundo apenas nos ofrece traducciones para anzuelo (*hohc*), cordel o lazo (*chaham pëb*) y dos términos para un bejuco empleado como barbasco (*leb* o *lab*) y *zacchahan*.

Ara también registra varios métodos para la pesca, a cada uno de los cuales corresponde un grupo particular de vocablos tzeltales cuyo elemento común es en este caso la voz *chay*. En cuanto a los métodos de obtención, el único término que se da como genérico es *tazamegh chay*, «pesca de pescado». Las técnicas comprendían el uso de redes, varas, nasas, anzuelos y raíces que embarbascaban las aguas³³ para facilitar la pesca. El primer método, el que empleaba redes, se llamaba *xcahc chaghan*³⁴. Para la pesca con vara o anzuelo tenemos una sola voz, *qluc chay*, con una variante, *xlucbaghon*³⁵. Si se toma en cuenta que *lucub* significa «torcerse como madera» y *luc luc*, «torcido así», mientras que *lucoghbil* designa al «garabato», es de pensarse que los anzuelos fuesen de madera, lo que explicaría el uso de un mismo término para la pesca con vara³⁶ y la del anzuelo, aunque no podemos descartar el uso de otros materiales como huesos o espinas de pescados. El texto dos agrega además *luc baghib taquin*, lo que habla de la utilización del metal (*taquin*) en esta actividad; uso sin duda generalizado por los españoles.

El empleo como barbasco de la raíz llamada *toom* (*Brunellia mexicana*), da origen al tercer grupo de palabras, el más abundante. Para «pescar con raíces embotrachando los peces» tenemos *qtoomtay chay*, *xatoomtay chay* y *xcahc ztoomit* y para señalar al pescador aparecen, *ghtoom ta yeg chay* y *xcoton ta toom ta yeg chay*. El uso de nasas se pone de manifiesto con la voz *nacob chay*, que se refiere a dicho instrumento. Otros vocablos designan a las redes, *zlebayoghbil* o *zlebayobil chay* y *qtzametob chay*³⁷, y al sedal: *xchaghñul bucobchay*. Por lo que hace a la captura sólo consta un vocablo en el primer texto de Ara, en la entrada *tzac chay*, que se traduce por pescador; por desgracia el vocablo *tzac* (capturar, prender), no nos indica la forma en que ésta se llevaba a cabo, ni sus diferencias, si las había, con la pesca efectuada por medio de redes, aunque debe recordarse que otra de las

³³ De estas plantas, generalmente sapindáceas, son muy comunes en México la *Serfania* y la *Paullinia mexicana*. Para las empleadas en la zona *tzeltal* véanse los cuadros sobre flora, en la entrada *Toom* (Ruz 1992: 124). Acerca de las especies, usos (como detergente, fuente de aceites, etc.), sigue siendo útil la bibliografía proporcionada por Kaplan (1964: 992).

³⁴ Se conocía como *ghac chaghan* a quien lo utilizaba.

³⁵ *Ghlucub* o *ghluc chay* hacen referencia a quien así pescaba.

³⁶ Esta vara, especie de arpón o figa es empleado hasta la actualidad por los mayas itzáes, quienes lo conocen como *senet*. Ellos sin embargo, lo diferencian del anzuelo, denominado *jok* si es grande y *lidz* si pequeño (Schumann 1971: 97, 106).

³⁷ Es de notar la similitud de los dos últimos términos con los empleados para nombrar a las redes para venado.

acepciones de *tzac* es «asir con la mano» por lo que acaso pudiera pensarse que el término designe a aquel sujeto que capturaba a los peces —y otras especies— en sus cuevas³⁸ o a quien recogía a los animales previamente embarbascados. De ser así, no deja de parecer extraño que no conste entre las voces que señalan al que pescaba empleando el barbasco³⁹ ¿o bien unos envenenaban el agua y otros recogían los peces aguas abajo (como se acostumbra hoy en día en algunas comunidades), y los diversos vocablos no hacen más que señalar tal división de labores?

Los vocabularios yucatecos consigan *ah cay-bal* como genérico para pescador, pero también aparecen *ah lutz* para el «anzuelero», *chuc cay* para el «atrapador»⁴⁰ y *ah lech* para el «lizador». A ellos se sumaban, aun cuando no sabemos si se les denominaba con algún vocablo particular, quienes empleaban la fisga o arpón de madera (*lom che*), la red adobada con «pesguillas o plomos» (*oc tun* o *ch'ay tun*) y señaladas con boyas al parecer de corcho (*mak*), el chinchorro o red «barredera» (*dzicib kaan* o *pay kaan*), la canasta o cesto «para pescar tortugas o bagres y mojarras» o el omnipresente barbasco (*dzac cay*), obtenido de la corteza de ciertos árboles. *Zab be*: «coger mariscos». Fray Diego de Landa introduce un dato que nos habla acerca de cómo en la elección de tal o cual método influían las posibilidades económicas del pescador. En efecto, al referirse a los peces que se crían en las salinas de la costa, menciona que pese a ser «de muy buen sabor» y fáciles de pescar con flechas dado lo poco profundo de las aguas, sólo atraían el interés de quienes no tenían redes. Los que las poseían preferían dedicarse a la pesca costera, tan abundante que les permitía no sólo comer sino comerciar pescado salado y asado («sabroso y sano» una vez guisado) hasta a 20 y 30 leguas de distancia (1994: 201-203).

Curiosamente es el fragmentario texto en pokomchí el que nos ofrece una de las descripciones más ricas sobre el empleo de elementos vegetales en la pesca, cuando anota:

Barbasco: ya sabes que, para matar el peje en un río, hacen en él una estacada de la una orilla a la otra y que, a un cuarto de legua más o menos, el río arriba, echan cantidad de ciertas raíces amargas molidas, que emborracha al peje y lo trae río abajo, y se detiene en la estacada y allí lo cogen, etcétera. Pues, a este barbasco, sea de lo que fuere (porque hay muchas diferencias: ya yerbas, ya cortezas de árboles, ya raíces, ya ciertos bejucos, ya lo que llamamos amol, con que acá lavan como con jabón), llaman *camtezbah ha*, «con lo que se mata el río». Y, así, dicen cuando van a echar el barbasco: «vamos a matar el agua» o «el río», *n-oh ca camzah ha cambal car*, «para tomar el peje», etcétera.

³⁸ Tal hacen, por ejemplo, para capturar el pez llamado «vieja», varias etnias mayances como la mam, tuzanteca, quiché y cakchiquel de la costa (Otto Schumann, comunicación personal).

³⁹ Tenemos otro sustantivo para pescador: *tzamegh chay*, emparentado con *tzamez*, matar y con *tzamezuanegh*, «cosa que mata como veneno», lo que parece indicar que se trata de un sinónimo de embarbascador.

⁴⁰ De acuerdo a Alvarez, en la cultura maya «cazar y pescar es atrapar algún animal, no importa que éste camine, vuele o esté dentro del agua» (1984, II: 35).

El empleo de otros métodos se hace patente en la entrada «pescar: *luε baqueh, chahantuneh*. También lo dicen con el verbo *cam* ; tomar y su acusativo *car* [pez, pescado]. Y algunas veces lo dicen con el verbo *chap*, asir ... [pero] el ordinario «pescar» en cuanto tal es *nu cam car...*». Las dos primera expresiones verbales remiten al anzuelo y al chinchorro o atarraya, pero, si bien aparecen agentivos para todas ellas, según el propio Morán en algunas regiones como Amatitán la segunda forma verbal era casi desconocida: «...ya no usan, ni nadie entiende el dicho *chahantun*, y no dicen si no *caham*».

USOS, ABUSOS Y ABUSIONES: LO ACUÁTICO EN LA VIDA COTIDIANA

Si recordamos los escasos restos del material en pokomchí, la brevedad del vocabulario en ch'ol y la poca atención que dedicó Domingo de Ara a la pesca en sus extensas obras, no es de extrañar la parquedad de información que poseemos también en el rubro de la utilización de los productos capturados. En tzeltal consta apenas un locativo, *chonob chay*, que remite al lugar donde se vendían los pescados, mientras que en pokomchí sólo se nos advierte que un sitio de buena pesca se llamaba *cambal car*. Corroborando lo que sabemos sobre la omnipresencia dominica en la vida económica de la Guatemala colonial, la entrada apunta: «pesquería, el lugar do se pesca, como digamos la pesquería de los padres de Guatemala en Iztapan».

Los materiales yucatecos nos ilustran apenas un poco más. Sabemos así que amén de su carne, algunos animales acuáticos proveían a los mayas de otros elementos. De ciertas variedades de tortugas (*ah tza-tza ac* y *tzul-in ac*) se obtenían conchas para percutir en los bailes y los dientes del tiburón nombrado *xooc* se empleaban en la confección de flechas. Landa se refiere además a las «sierritas» del pez llamado *ba*, «muy lindas porque son un hueso muy blanco y curioso hecho sierra así de aguda y delicada, que corta como cuchillo», que se empleaban como instrumentos de autosacrificio «y era oficio del sacerdote tenerlas, y así tenían muchas»; o los huevos de las diversas clases de tortugas o los del «pescado» llamado *mex* (Landa 1994: 201-202).

De nuevo es fray Tomás Coto quien dota de carne a tan magro esqueleto. Menciona que las pequeñas tortugas llamadas *coc chiquirin* prestaban diseño y nombre a «unas piecuelas que hacían de metal para colgarse al cuello», nos ilustra sobre algunas expresiones coloquiales cakchiqueles (vg. los sustantivos para nutria, *avuk*; *maih ti muxin*, servían para calificar a quien era «buen nadador»), o la manera en que algunos derivados de la ictiofauna y otros animales de hábitat próximo al agua se empleaban en actividades cotidianas. Así vemos, por mencionar un ejemplo, que «para guardar los pollos, del milano o otra ave de rapiña, hacen unos instrumentos de huesecillos o de conchuelas de cangrejos, y aun de

cáscaras de huevos y de hojas, que hagan ruido con el aire, y les llaman... *xibibal*, *id est* instrumento de espantar». El vínculo con el espantoso Xibalba resulta obvio.

Asimismo nos ofrece los verbos para «chupar sorbiendo hacia dentro, como quien chupa el caracolillo» (*tin hiēah ru yaal* o *ru pam*), «comer biscocho, cangrejos o cosas tostadas que hacen ruido en la boca: *tin quux*»; comer carne o pescado, mordiéndolos, *tin ti*⁴¹. Constan también algunas formas de preparación y conservación: pescados que se lavaban «echándolos en remojo» y a los que se raspaba con «cosas semejantes» a cuchillos para quitarles las escamas⁴²; que se colgaban en ganchos de madera a manera de garabatos; envueltos en hojas, asados en parrillas de palos, «recocidos» con el vaho del calor, fritos en sartenes (*qilim car*), salados, preparados en empanadas (*toomam car*). ¡Figuran hasta los podridos!. «Ya está podrida por dentro esa carne, [ese] pescado, ya parece masa su interior, ya hiede».

Frescos o preparados, serían ofrecidos en los tianguis o en las puertas de las casas por el *al qay car* «el pescadero» —quien también comerciaba cangrejos y camarones— junto con el *çaom car*, nombre del pescado «que suelen vender y asado»⁴³. Al mercadearlos, los contaría empleando la voz *yacah*, exclusiva «para contar cosas largas, como baras, candelas, pescados»: *hu yacah*, *ca yacah*, *ox yacah* diría conforme arrojaba los peces en esas «hojas grandes que llaman *muxan*», para confeccionar el *iboy*, el envoltorio.

Voces menos profanas serían las que se intercambiaban entre los *Xulu* y los *Ru vinakil ya*, esas «visiones», «demonuelos o familiares que se les aparecían junto a los ríos», fuentes, charcos u otras corrientes de agua —a veces en forma de «animalejo como polluelo»—y al *ah εih ah xulu*, especialista que el texto consigna como astrólogo, pero quien no se restringía a actividades adivinatorias sino que también «hacía curas mediante estos diablillos» según se advierte en otra entrada. La ubicación acuática de estas deidades del mundo cakchiquel (contrapartida de los *ru vinakil che* y los *çaki qoxol*, que «andan en los montes»), no deja de parecer curiosa si tomamos en cuenta que *xulu* es un vocablo nahua que remite tanto a estrella y «demonio» como a montaña, en tanto que *ru vinakil ya* vale por demonio, gente (*vinakil*: persona), animal, pez y, de nuevo, montaña. Acaso las áreas de influencia no fuesen tan exclusivas, como parece desprenderse de la entrada «monte o sierra», donde el fraile apunta que «en los montes... o en los nacimientos de los riachuelos tienen abusión que oyen voces y tocan atambores, y que remedan a los cazadores. A éstos llaman *ru vinakil huyu*, *moqhol vinak*, *que çiquin* o *que εohoman*, etc.» No eran éstas las únicas «abusiones» vinculadas a lo

⁴¹ El preciosismo llega a la creación de verbos que denotan hasta el resbalar como «pescado fresco o anguila».

⁴² Al pescado ya desprovisto de escamas llamaban *hozom el r'ih car* (de *r'ih*: escama).

⁴³ Solano (1974: 339), reporta la dificultad de comerciar pescado fresco a causa del calor y las distancias.

hídrico. Se creía asimismo en peces monstruosos partícipes de la categoría *lab*, que remite a los agüeros o «cosas malas», y se decía también que,

cuando llueve muy recio grandes goterones, y con tempestad de truenos y rayos, que entonces caen del cielo o de las nubes las ranas, los camarones y otros pececillos, y entonces acuden a cogerlos en los arroyos. Esto es muy ordinario en la costa, y yo los he visto ir al efecto de cogerlos en el pueblo de Tzamayak', que con el ruido y tempestad se deben de inquietar y salir de sus cuevecillas. Cuando así les parece que caen las nubes dicen: *tan que ru kaçah pe ch'u vach vleu cokola hay ri xcalat, mi-x e ka pe ri x calat, nimak tap, nimak chom, rumal cakola hay que xiqiq pe, he que pe chi cah pa hab.*

Camarones, ranas y pececillos no eran las únicas presencias acuáticas en el espacio celestial. Por referencia al rastro que deja el animal sobre la arena⁴⁴, uno de los nombres de la Vía Láctea era *Ru bey palama*: camino de la tortuga de mar.

COLOFÓN

He intentado esbozar, en brevísimas y toscas pinceladas, un retablo etnográfico que diera cuenta de cómo, tras la conquista española, los mayas de diversas latitudes mantuvieron el conocimiento acumulado a lo largo de siglos de contacto con las fuentes hídricas, y aplicaron tal saber para su sustento y regalo diario. Reivindicaban así el lugar que se habían forjado en una economía basada primordialmente en la esfera agrícola.

En efecto, como ocurrió con Vucub Caquix al substituir las perlas de sus dientes por los granos, acaso hayan decaído las facciones de cazadores, recolectores y pescadores al domesticarse las plantas que constituirían de allí en adelante el sustento de los hombres de maíz; acaso hayan dejado de parecer señores, pero no por ello dejarón de serlo. No, al menos, en la cotidianidad de sus mundos de forestas, ríos y lagunas. Siguieron señoreando sobre ellos, tal y como lo hacen aún hoy, en medio de un universo milenario que, a la par del trastorno ecológico, se desmorona.

BIBLIOGRAFIA

- ACUÑA, René (Ed.) (1982). *Relaciones Geográficas de Guatemala, siglo XVI*. Centro de Estudios Mayas. I.I.F. U.N.A.M. México D.F.
- (1991). *Arte breve y vocabularios de la lengua pok'om. Basado en los manuscritos de fray Pedro Morán y fray Dionisio de Zúñiga*. Centro de Estudios Mayas. I.I.F. U.N.A.M. México D.F.

⁴⁴ Tal es la opinión de Acuña (1991: 223).

- ALVAREZ, M.^a Cristina (1984). *Diccionario etnolingüístico del idioma maya yucateco colonial*. 2 Vols. Centro de Estudios Mayas. I.I.F. U.N.A.M. México D.F.
- ARA, Domingo de (1986). *Vocabulario de lengua tzendal según el orden de Copanabastla*. Edición de M.H. Ruz. Centro de Estudios Mayas. I.I.F. U.N.A.M. México D.F.
- En prep. *Egregium opus. Iuxta ussum oppidi Copanauastla*. (Vocabulario español-tzeltal c. 1560). Edición de M.H. Ruz y D. Birrichaga. Centro de Estudios Mayas. I.I.F. U.N.A.M. México D.F.
- CARDÓS DE MÉNDEZ, Amalia (1959). *El comercio de los mayas antiguos*. Sociedad de Alumnos. E.N.A.H. México D.F.
- COTO, Tomás de (1983). *Thesaurus verborum. Vocabulario de la lengua cakchiquel vel guatemalteca, nuevamente hecho y recopilado con summo estudio, trabajo y erudición*. Edición, introducción y notas de R. Acuña. Centro de Estudios Mayas. I.I.F. U.N.A.M. México D.F.
- CHASE, Arlen F., y Prudence M. RICE (Eds.) (1985). *The Lowland Maya Postclassic*. University of Texas Press. Austin.
- FLANNERY, Kent V. (Ed) (1982). *Maya Subsistence. Studies in Memory of Dennis E. Puleston*. Academic Press. Nueva York-Londres.
- GAGE, Tomas (1946). *Nueva relación que contiene los viajes de ... en la Nueva España*. Sociedad de Geografía e Historia. Biblioteca Goathemala, Vol. XVIII. Guatemala.
- KAPLAN LANGMAN, Ida (1964). *A Selected Guide to the Literature on the Flowering Plants of Mexico*. University of Pennsylvania Press. Filadelfia.
- LANDA, Diego de (1994). *Relación de las cosas de Yucatán*. Edición y estudio preliminar de M.^a del Carmen León. C.N.C.A. Biblioteca Cien de México. México D.F.
- LAPORTE, Juan Pedro (1996). La población del Norte de Verapaz, Sur de Petén e Izabal. En *Historia general de Guatemala*. Tomo 2: 663-672. Asociación de Amigos del País y Fundación para la Cultura y el Desarrollo. Guatemala.
- MACLEOD, Murdo J. (1980). *Historia socio-económica de la América Central española, 1520-1720*. Editorial Piedra Santa. Guatemala.
- MARTÍ, Samuel (1955). *Instrumentos musicales precortesianos*. I.N.A.H. México D.F.
- MILES, Suzanne W. (1983). *Los pokomames del siglo XVI*. Traducción de F. Rojas Lima. Seminario de Integración Social Guatemalteca. Guatemala.
- MOLINER, María (1988). *Diccionario de uso del español*. 2 Vols. Editorial Gredos. Madrid.
- MONTERO DE MIRANDA, Francisco (1982). Descripción de la provincia de la Verapaz, hecha en Cobán. En *Relaciones Geográficas de Guatemala del siglo XVI*. Ed. R. Acuña, pp. 225-248. Centro de Estudios Mayas. I.I.F. U.N.A.M. México D.F.
- MORÁN, Francisco (1935). *Arte y diccionario en lengua choltí*. A manuscript copied from the Libro Grande of ... of about 1625. Ed. facsimilar de W. Gates. Baltimore.
- PÁEZ BETANCOR, Alonso, y Pedro DE ARBOLEDA (1982). Relación de Santiago de Atitlán (1585). En *Relaciones Geográficas de Guatemala del siglo XVI*. Ed. de R. Acuña, pp. 65-113. Centro de Estudios Mayas. I.I.F. U.N.A.M. México D.F.
- PÉREZ HERRERO, Pedro (1986). Producción local e integración económica en el Yucatán del siglo XVI En *Los mayas de los tiempos tardíos*, Ed. M. Rivera y A. Ciudad, pp. 167-196. Sociedad Española de Estudios Mayas-Instituto de Cooperación Iberoamericana. Madrid.
- POPOL VUH (1984). *Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché*. Traducción y notas de A. Reinos. SEP-FCE. Lecturas Mexicanas, 25. México D.F.

- RELACIONES (1983). *Relaciones histórico-geográficas de la Gobernación de Yucatán*. Edición de M. de la Garza *et al.*, paleografía de M. C. León. 2 Vols. Centro de Estudios Mayas. I.I.F. U.N.A.M. México D.F.
- RIVERA, Roberto (1980). *Los instrumentos musicales de los mayas*. SEP-INAH. México D.F.
- ROJAS RABIELA, Teresa (1985). *La cosecha del agua en la cuenca de México*. CIESAS. Cuadernos de la Casa Chata n.º 116. México D.F.
- RUZ, Mario Humberto (1992). *Copanaguastla en un espejo. Un pueblo tzeltal en el Virreinato*. INI-CNCA. Serie Presencias n.º 50. 2.ª ed. corregida. México D.F.
- (1997). De redes, lazos, flechas y cerbatanas. La caza en los diccionarios coloniales mayas. En *Gestos cotidianos. Acercamientos etnológicos a los mayas de la época colonial*. Instituto de Cultura, Universidades Autónomas del Carmen y de Campeche e Instituto Campechano. Campeche.
- SOLANO, Francisco de (1974). *Los mayas del siglo XVIII. Pervivencia y transformación de la sociedad indígena guatemalteca durante la administración borbónica*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid.
- TOVILLA, Martín Alfonso (1960). *Relación histórico descriptiva de las provincias de la Vera-paz y de la del Manché (1635)*. Paleografía de F. V. Scholes y E. B. Adams. Editorial Universitaria. Guatemala.
- VILCHES ALCÁZAR, Recaredo (1978). *La pesca en la crónica. Siglos XVI, XVII y XVIII*. Departamento de Pesca. México D.F.